

Testimonios urbanos de antaño

**RODOLFO CISNEROS
Y EL TRANSITAR HUMANO
DE UN GRUPO
DE FUTUROS HISTORIADORES
Y CIENTISTAS SOCIALES
POR EL SAN JOSÉ
DE LA DÉCADA DE 1970**

En 1971, ingresé a la Escuela de Estudios Generales de la sede Rodrigo Facio de la Universidad de Costa Rica. Era un momento de transición y de cambios en la sociedad costarricense y, por ende, en la vida de los estudiantes, profesores y, en general, de la comunidad universitaria. Se mantenía la poca respetuosa costumbre de cortar el pelo a los recién ingresados estudiantes varones, muchos de los cuales provenían de las zonas rurales y se encontraban sumamente asustados en un mundo desconocido y desprotegido. El proceso de regionalización apenas se iniciaba; la educación pública era mayoritaria y hegemónica en el universo estudiantil. Los nuevos aires ideológicos se anunciaban con una enorme manta con el rostro del *Ché Guevara* colgando del segundo piso del edificio, así como por la presencia de los nuevos dirigentes estudiantiles, la mayoría proveniente de la pequeña burguesía urbana, sosteniendo enfrascadas discusiones con sus pares y profesores, en la cafetería de la Escuela y en las sodas aledañas a la Universidad, entre ellas la famosa "Soda Guevara". La semana universitaria, fue una muestra de ese tránsito entre lo nuevo que se asomaba y lo viejo que luchaba por mantenerse; estuvo teñida por el conflicto entre los estudiantes quienes querían conservar el reinado estudiantil a la usanza tradicional y quienes decidieron boicotear el carnaval universitario llevando una vaca sobre una carroza, con lo que provocaron la ira de los primeros, quienes, a la vez, poseían las posiciones más conservadores en la vida universitaria.

**Ana María Botey
Sobrado**

Docente e investigadora en la
Universidad de Costa Rica en
Escuela de Historia
e investigadora
del Centro de Investigaciones de
América Central.
Autora de diversos textos sobre
historia costarricense.
abotey@gmail.com



Fuente: <http://www.apse.or.cr/webapse/archivo/arc06146.htm>

particular producto del deseo compartido de “vivir la U de forma intensa”, por participar activamente en clase, en una época en que no era usual ni solicitado, por provocar reflexiones y discusiones, por el deseo de asistir a los “viernes culturales” que organizaba la Escuela de Estudios Generales, al igual que a diferentes actividades académicas, culturales, políticas, sociales, por los lazos militantes que se fueron creando, por compartir espacios de recreación y sociabilidad en los cafés y en los bares aledaños a la U y por incursionar en la urbe josefina de múltiples formas.

Rodolfo Cisneros Castro, proveniente del Liceo de Turrialba, hijo de una modesta familia de trabajadores agrícolas, llegó a esa comunidad universitaria, feliz de acercarse al “cosmopolitismo” y al “dulce encanto de la burguesía”, como decía él, algo que ya había palpado cuando algunos hijos de funcionarios del antiguo Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas -IICA- con sede en esa localidad, lo invitaban a compartir en sus casas y espacios de recreación. Doña Dorita, su mamá, una mujer sensible y visionaria, por ese tiempo empujaba a la familia a trasladarse a la capital para buscar oportunidades de desarrollo personal para sus hijos, convencida de que era posible alcanzar y disfrutar una vida mejor. Fue así



Fuente: acervo personal de la familia Cisneros Castro.

como llegaron a vivir a Desamparados, en una pequeña casa que siempre estuvo abierta para los compañeros de la U de sus hijos, vecinos y familiares con el fin de compartir sencillos y ricos platillos: picadillos, frijolitos, tortas, tortillas caseras, empanadas, arroz con leche en las grandes ocasiones, sesiones de conversa y canto, porque, como quedó demostrado más tarde, todos los miembros de la familia poseían grandes dotes artísticas. Atrás quedaba Batán –lugar en donde habían vivido muchos años–, las haciendas cañeras y cafetaleras de Turrialba, las limitaciones de todo tipo, y se fueron abriendo puertas para integrarse a una sociedad en movimiento, que ofrecía oportunidades de movilidad social, de construir nuevas amistades y de palpar el teatro, el cine, la plástica, los bares y espacios de encuentro, donde la historia, la literatura, el arte y las ciencias sociales contribuían a encontrar explicaciones y sentidos.

Rodolfo ingresó a la Escuela de Historia cuando todavía no había descubierto su pasión por el teatro, la literatura, la plástica, dispuesto a convertirse, en primera instancia, en un profesor de Estudios Sociales para salir a trabajar rápidamente y, luego, en un historiador crítico e iconoclasta. Yo lo había conocido desde la época de las Generales y nos habíamos hecho amigos. Le encantaba que le presentara a mis viejas amistades, con quienes simpatizaba rápidamente, por su entusiasmo, por su sencillez y desenfado, por su autenticidad, sin prejuicios ni temores a no ser aceptado, por su ironía e inteligencia. En una época en donde los apuntes de clase eran imprescindibles –ya que no existían las fotocopias y los libros eran escasos–, cuando se aburría, se dedicaba a dibujar a sus compañeros, a los profesores y a mujeres idealizadas con gran acierto; prácticamente, solo tenía un cuaderno. No obstante, al igual que sus compañeros de esa generación: el Negro Rivas, Vicente Arroyo, Mario Matarrita, Omar Arrieta, Wilder Sequeira, Somarribas –todos ellos provenientes de Guanacaste–, Teresita Alfaro –fallecida trágicamente a raíz de un accidente de tránsito– del barrio de La Agonía en Alajuela, Guillermo Carvajal y Vicky Portugués, de Sagrada Familia, Francisco Enríquez, Agustín y Enrique Jiménez, de Guadalupe, Rodrigo Quesada de barrio México, y quien escribe, en ese entonces vecina de Sabanilla, entre otros, éramos asiduos visitantes de las bibliotecas Carlos Monge y Nacional, ambas con unos horarios que se extendían hasta las 10 de la noche, abiertas, incluso, los fines de semana hasta tarde; lugares en donde se podían dejar los paraguas, las sombrillas, los bultos, las bolsas, los libros y los cuadernos sobre la mesa para irse a tomar un café o salir al Parque Nacional a ventearse, sin temor a perder las pertenencias.



Gran parte de la fascinación de la U consistía en llevar cursos de repertorio de otras carreras, así como participar en actividades militantes, culturales, para conocer a estudiantes de otras disciplinas, para hacer amigos, para conversar y compartir en los espacios de sociabilidad. Por eso, era importante integrarse a grupos de estudio, como el CEI, que era algo así como Centro de Estudios Interdisciplinarios, dirigido por el historiador Paulino González, de grata memoria, fallecido prematuramente a raíz de un accidente de tránsito, adonde Rodolfo, y quienes he nombrado, convergíamos con estudiantes de otras áreas de las Ciencias Sociales y más allá, como algunos ingenieros. La actividad principal era el estudio de textos pertenecientes a las Ciencias Sociales para lograr interpretar el momento histórico que se vivía, momento en el que queríamos ser protagonistas de cambios sociales y culturales, incluida la renovación académica de la Escuela de Historia, la que percibíamos muy tradicional.

Era una época de militancias, en donde hasta los que no se tomaban la vida muy en serio y se burlaban de la solemnidad de los protocolos de ese entonces, como Rodolfo u otros amigos, pertenecientes a los campos de las letras y las artes, especialmente, se sintieron “obligados” a tomar partido por las diversas opciones políticas que se ofrecían, algunas muy “glamurosas” por nuevas, selectivas, críticas y rompedoras y otras menos “atravesadas”, pero donde no se fijaban mucho quiénes eran los postulantes; se les recibía con entusiasmo y las normas de disciplina partidaria eran menos rígidas. Terminamos integrados en una organización del segundo tipo y esa fue otra vía para acercarnos y querer al San José de esos años.

Fue así como se formó el Comité de Historia de la Juventud Vanguardista, del cual fueron parte fundamental Gerardo Contreras, proveniente de Turrialba y sobrino de un viejo dirigente comunista; José Manuel y Ana Luisa Cerdas, pertenecientes a una familia de comunistas y residentes de barrio Luján, quienes se reunía



Fuente: Arte Foto Internacional Inc. Costa Rica. Ediciones DEL ROISSE. Sin año.

religiosamente todas las semanas para conocer los informes que elaboraban el Comité Central y el Regional de San José, ubicados muy cerca de la Estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, en los altos de una ferretería, así como para planificar diferentes actividades que iban desde la venta del periódico *Libertad*, la formación de grupos para participar en la toma de la Asociación o de la Federación de Estudiantes, la participación en actividades de propaganda del Partido en los barrios del sur de San José o para realizar acciones de solidaridad con el movimiento social costarricense e internacional: Chile, Nicaragua, Guatemala, Vietnam y, en general, con todos los países.

No todos los nombrados ingresaron a la Juventud Vanguardista Costarricense (JVC); algunos se hicieron socialistas, o de FAENA y, entre los amigos, los más disciplinados eran del Frente Estudiantil del Pueblo. Sin embargo, con los años y las divisiones propias de la izquierda, muchos fuimos confluyendo en instancias unitarias, lo que permitió sentirse parte de una generación. Una generación que, en algún sentido, fue derrotada, pero que, desde otro ángulo de interpretación, puede visualizarse como rica en transitar y experiencias, protagonista de un país y de una sociedad que se "urbanizó" y sufrió profundas transformaciones en muy corto tiempo

pero, paradójicamente, a espaldas de San José. De ese San José tantas veces recorrido y lleno de rincones con historia, tradiciones que desaparecieron, placidez, ingenuidad y belleza.

La militancia nos llevó de la mano a la capital durante las marchas a favor de los bananeros, en solidaridad con Chile, en apoyo del Partido Acción Socialista (1970) o de Pueblo Unido, adonde íbamos cantando y lanzando consignas bajo los soles o las noches estrelladas, aunque no deben haber faltado los aguaceros y las empapadas. La militancia nos llevó a los altos de la ferretería –en las cercanías de la estación del Pacífico o al barrio de Los Ángeles– a las reuniones, conferencias, actos políticos, a realizar recorridos por las calles capitalinas, los alrededores del Mercado Central, que concluían en los bares como Chelles –centro de reunión de grupos de intelectuales– u otros más populares, a los que llegábamos en una especie de experiencia sociológica, por curiosidad "urbana", a comentar, bailar y socializar con amigos y camaradas. La militancia nos llevó a visitar a los habitantes de los diversos barrios del sur de San José para concienciarlos y concienciarnos, o para comprender que la clase obrera no siempre quiere ir al "Paraíso" y que sueña con subir rápidamente a la clase media, para

lo cual construye una cochera previo a la compra del automóvil, a conocer a miles de personas de todas las condiciones sociales, ocupacionales, profesionales y humanas. La militancia nos acercó a la cultura porque ella era un imperativo en las actividades partidarias, porque se fue creando una cultura compartida, unos valores, en donde la "música protesta", la poesía y la literatura crítica tenían la palabra; la plástica nos acercaba a lo propio y el teatro pasó a ser una actividad de mensaje y reflexión.

¿Cómo era San José? ¿Por qué no nos atemorizaba? ¿Por qué nos atraía y nos envolvía en su magia vespertina y nocturna? ¿Por qué caminábamos hasta el centro de la ciudad, cuando salíamos de clases en la Universidad de Costa Rica, las noches tibias de marzo y abril, recorriendo con placer y tranquilidad la imponente calle central de Los Yoses, con sus árboles floreados, los alrededores de los parques Nacional y Morazán, para luego pasar a tomarnos algo o ir al cine, cuya oferta era más variada y atrayente ya que, de vez en cuando, aparecían películas europeas, entre ellas las italianas, que le gustaban mucho a Rodolfo; después de las cuales salía hablando en italiano, aunque no supiera ni una palabra, debido a su gran sensibilidad, oído y capacidad de captar al ser humano en sus grandezas y debilidades. ¿Cómo olvidar el cine y los espectáculos al aire libre en el Museo Nacional durante las noches de verano! O ir a las peñas de la Jota, a los festivales de cine, música, teatro, realmente era fascinante.

San José tenía su encanto; no lo ha perdido, aún permanecen barrios y calles que guardan su belleza, pero el crecimiento desordenado de la población, el deterioro en las condiciones de vida de amplios sectores, la ausencia de políticas ambientales y urbanísticas para enfrentar el fenómeno más importante de la segunda mitad del siglo XX: la urbanización anárquica y desordenada, la han impactado. Tuvo tiempos mejores; los liberales se propusieron convertirla en una copia, aunque imperfecta, de París o de aquellas ciudades de Europa occidental que habían visitado o en las que estudiaron para convertirse en profesionales. Con esas premisas se edificaron los edificios públicos, expresión del poder político y económico de la nueva república: el Palacio Nacional, el Congreso, el edificio de Correos, la Fábrica Nacional de Licores, escuelas y colegios, símbolo de progreso y secularismo. En el último tercio del siglo XIX, se levantó el Teatro Nacional y un conjunto de instituciones culturales: Archivo Nacional, Biblioteca Nacional, Museo Nacional, Instituto Geográfico Nacional y otras. Se arboló, macadamizó, higienizó y embelleció con parques, fuentes, monumentos y nuevos barrios.



Fuente: Arte Foto Internacional Inc. Costa Rica. Ediciones DEL ROISSE. Sin año.

Los liberales tuvieron un proyecto de ciudad pero sus sucesores, los nuevos detentadores del poder a partir de 1948, arrasaron con aquello que representaba el pasado liberal, sin tener claro hacia a dónde ir en términos urbanos y San José se fue transformando en una ciudad al estilo de algunas urbes norteamericanas, en donde los centros cívicos e históricos se han ido abandonando y los más aventurados se alejan a los suburbios, bajo un modelo predominante de transporte automotor privado. No obstante, en los años setenta del siglo pasado no se habían creado los "malles", ni la sociedad josefina se había polarizado tanto como en el presente, ni tampoco segmentado en polos habitacionales tan dispares y controversiales como los que albergan a los miembros de la avioneta set, de la "chancleta", de los sectores populares o a las poblaciones marginales, ni existía el caos vial del presente. Era posible caminar con fluidez, habitar sus parques, recorrer la avenida Central, compartir con amigos en bares, sodas y restaurantes, tomar el bus con tranquilidad para regresar a la casa, salir de la U a las diez de la noche. San José era limpio, seguro, amistoso, aunque ya comenzaban los síntomas del crecimiento hipertrofiado y el posterior abandono.



Los jóvenes de esa época la disfrutamos; sentimos el gusto por el mundo urbano, entre ellos, aquellos provenientes de sociedades rurales o semi rurales, como el caso de Rodolfo y de los amigos de entonces. Los cafetales que rodeaban a San José empezaban a encementarse, los antiguos habitantes de Sabanilla, Guadalupe, Moravia, La Uruca y otros distritos miraban con recelo la pérdida de los cafetales y el crecimiento de urbanizaciones con personas desligadas de su historia y su pasado. Se perdían las viejas comunidades cuyos habitantes estaban vinculados por relaciones sociales de diferente índole, pero se ganaba en libertad, ascenso social y mundo cultural.

En el segundo lustro de esa década, cuando comenzábamos nuestras carreras profesionales, Rodolfo enriqueció su quehacer dedicándose al teatro, al cine, no solo como actor sino como creador. Por encargo de la Municipalidad de San José, junto a Melvin Méndez, escribió una obra teatral para conmemorar la fundación de la ciudad: *La Villa Nueva de la Boca del Monte*. Su formación histórica y su profunda sensibilidad artística se conjugaron para brindar un digno aporte teatral que fue estrenado con bombos y platillos en el Teatro Nacional. Luego, siguieron otras obras de contenido urbano como *Mama Toya*, que fue un éxito de cartelera. La muerte lo sorprendió muy joven, en ese entonces estaba actuando en la obra *El Serenísimo don Carlos* que se presentaba en el Teatro Nacional. Rodolfo se había transformado en un ciudadano como pocos; se negó a aprender a manejar y gozaba caminando por las calles, compartiendo con los seres anónimos en los buses y en otros espacios.

Nunca es tarde para renovar la capital, para aprender a gozar de sus tesoros: las iglesias, parques, museos, barrios, restaurantes, cafés, calles, de su patrimonio arquitectónico, no solo el majestuoso sino, también, del modesto, aunque pareciera que esa gigantesca tarea necesita estar acompañada de una sociedad menos polarizada, más equitativa, educada y ciudadana. De un compromiso con el ambiente que posibilite recuperar el verde, la limpieza, superar el caos vial, la contaminación sónica, visual, producida por desechos... Hacen falta muchos Rodolfos dispuestos a recorrerla a pie, en bicicleta, a ir al cine y al teatro menos comercial, a tertulias, a marchar por causas justas, a soñar con una sociedad mejor.